

XVI.

En el intervalo de estas campañas, Cromwell había casado ya á sus dos hijas. La mas joven y la mas querida, habiase enlazado al republicano Ireton. Se llamaba Brígida. Su alma exaltada y su ardiente piedad, la hacian la confidenta habitual de los pensamientos religiosos de su padre.

Encuétrase en algunos pasages de sus cartas á esta jóven, la preocupacion constante de su espíritu. «No escribo á tu marido porque me contesta con millares de cartas á cada una de las mías. Esto le hace velar mucho, y además tengo muchos negocios de que ocuparme ahora. Vuestra hermana Claypule, su hija mayor, se ve agitada por tumultuosos pensamientos, ve su propia vanidad y las faltas de su espíritu carnal; mas busca la única cosa que da la paz. Buscar así es ocupar el primer puesto despues de aquellos que han hallado. Toda alma fiel y humilde que busca así, está segura de hallar al fin. ¡Feliz quien busca! ¡Feliz quien encuentra! ¡Quién ha gustado jamás la gracia del Señor sin desear verse inundado en sus plenos goces! Mi querido corazón solicita con fervor que ni tu marido ni nadie en el mundo enfrie tu amor para con Cristo. Espero que tu esposo no será para tí otra cosa que un estímulo para amarlo y servirlo mejor. ¡Lo que tú debes amar en él es la imagen del Señor que lleva en su ser! ¡Ve esto, prefiero esto, y no ames lo demás sino por esto solo! ¡Adios, ruego por tí y por él: ruega tu por mí!»

¿Es este el lenguaje de un astuto político que no se desenmascaraba ni aun ante su hija predilecta, y cuyas mas íntimas confianzas de familia no serian otra cosa que indignas supercherías para enganar á una sociedad que no debía leerlas viviendo él?

XVII.

Este misticismo no era aislado en el general; constituia el alma del ejército. «Mientras abrimos la mina debajo del castillo, escribe durante su campaña de Escocia, Mr. Stapleton predicaba, y los soldados que lo oian demostraban su compuncion con gemidos y con lágrimas.»

«Esta es una gloriosa jornada, dice despues de su victoria de Preston. ¡Que Dios ayude la Inglaterra para que pueda responder á estas gracias y aprovecharse de sus misericordias!»

Y despues de otra derrota de los realistas, en una carta á su primo Saint-John; «No puedo hablar, escribe como oprimido por su reco-

nocimiento, no puedo decir nada, pero seguramente, el Señor mi Dios, es un Dios grande y glorioso! El solo es digno de ser, á la vez nuestro temor y nuestra confianza! Débese siempre contar con su presencia, y no faltará á su pueblo! ¡Que cuanto respira alabe al Señor! Recordadme á mi querido padre, Enrique Vane, su colega en el parlamento inflamado del mismo celo religioso y republicano. ¡Que Dios nos proteja á todos! No nos inquietemos de lo que los hombres piensen de nuestras acciones. Con voluntad ó sin ella harán lo que el Señor quiera, y nosotros serviremos á las futuras generaciones. Esperamos nuestra gloria y nuestro descanso en otra parte. Este solo será duradero.

«No nos preocupemos del día de mañana. La Escritura ha sido un gran apoyo para mí. Leed á Isaías. Uno de mis pobres soldados murió en Preston. La víspera de la batalla, estando enfermo y próximo á espirar, rogó á su muger que le trajese un puñado de yerba. Lo hizo, y cuando tuvo aquella yerba verde en la mano, preguntó á su muger si aquella yerba se secaria una vez cortada. Ciertamente, le respondió la pobre muger.—¡Pues bien, replicó el moribundo, acordaos que así acontecerá al ejército del rey! Y murió siendo profeta!»

XVIII.

Llama á los combates el juicio de Dios. Justifica al parlamento contra los que le acusan de haber llevado demasiado lejos la rebelion por medio de razones exclusivamente religiosas. Sos tiene á sus amigos en su cansancio de la guerra y en sus vacilaciones con motivos tomados de la divinidad de su mision. Este Mahoma del Norte, tiene la destinada resignacion del Mahoma de Oriente en las estremidades de su fortuna. El papel de mártir le cuadra tanto como el de vencedor. Está saciado de popularidad al fin de estos años de lucha, y no se fascina ni un minuto con vana gloria. «¿Veis esa muchedumbre? dice á Vane su amigo el día de su entrada triunfal en Londres: ¡habria mas aun si se tratase de verme aborcadote. Nadie juzga mejor al pueblo; pero al juzgarle no se cree con el derecho de despreciarlo, porque el pueblo es la creacion de Dios. No quiere dominarlo sino para servirlo; no sueña con el imperio duradero en sus manos; no intenta fundar una dinastia. Solo es un interregno. Dios lo retirará cuando haya acabado su obra y afianzado su fé por la libertad de conciencia asegurada á su pueblo.

XIX.

Entretanto el valor del rey y la fidelidad de sus partidarios, prolongaban la lucha con vario

XX.

curso. La reina, su esposa, impaciente por volver á ver á su marido y á sus hijos, habia desembarcado en Inglaterra con refuerzos traídos de Francia y de Holanda. El almirante que mandaba la escuadra del parlamento, no habiendo podido impedir el desembarco de esta princesa, se aproximó á la costa donde habia tomado tierra, y cañoneó durante toda la noche la choza que servia de asilo á tan heroica princesa. Se vió obligada á escaparse á medio vestir de las ruinas de la casa destruida, y buscar detrás de una colina deshabitada un abrigo contra la artilleria de sus súbditos. Al fin se unió al rey á quien el amor dió un feliz valor.

En una batalla entre fuerzas iguales en Marlton, combatió cuerpo á cuerpo el ejército confiado aquel día á Cromwell. Cincuenta mil hombres, hijos del mismo suelo, regaron en vano con su sangre la tierra natal. El rey, vencedor durante el día, abandonado durante la noche por sus principales generales y una parte de sus tropas, se replegó hácia el Norte.

En su retirada se atrevió á atacar todavía al ejército del conde de Essex, generalismo del parlamento. Essex, sorprendido y vencido, se embarcó y volvió sin ejército á Londres. El parlamento, como los romanos, dió gracias á su general por no haber desesperado de la patria, y puso en sus manos un nuevo ejército.

Este ejército, reforzado con los de Cromwell y conde de Manchester, dispersó el del rey en Newbury. Essex, vencedor pero fatigado de las disensiones que trabajaban su ejército, fué reemplazado por Fairfax, modelo de patriotismo, héroe en la batalla, pero incapaz de dirigir una gran guerra. Fairfax tuvo la modestia de pedir á Cromwell como lugarteniente y consejero. Estos dos gefes reunidos no dejaron al rey esperanza alguna de reconquistar la Inglaterra, y apenas conservó en ella un campo de batalla. Fairfax, Cromwell é Ireton, yerno de Cromwell, le atacaron y vencieron en Naseley. Los cuerpos de ejército de los últimos partidarios de Carlos fueron sucesivamente destruidos por Fairfax y Cromwell.

Mientras que la Inglaterra se sustraia al poder de su rey, un jóven héroe, el conde de Montrose, vivificaba por medio de una conspiracion caballeresca y una batalla feliz la causa realista en Escocia contra los facciosos puritanos de este reino. Los bravos montañeses de Montrose como los vendeanos, mas propios para hazañas que para una guerra, se habian dispersado despues de la victoria para ver á sus familias. Montrose, atacado por el ejército puritano durante su ausencia, perdió en un dia todo el fruto de sus victorias. Bien pronto, perseguido en las montañas, donde se disfrazaba á los ojos de sus enemigos, fué vendido por la belleza de su rostro, reconocido, encadenado y decapitado. Su muerte fué tan sublime como heroica habia sido su empresa. Mártir de la fidelidad á su rey despues de haber sido su último amigo.

El rey, que no tenia ya en derredor suyo mas que un puñado de caballeros, escribió á su esposa, que puesto que no podia combatir como rey, preferia morir como soldado. Hizo partir nuevamente á su esposa, su único amor en el mundo, y logró conducir los restos de su ejército á Oxford. Salió de noche por una puerta secreta, acompañado tan solo de tres caballeros, se adelantó sin ser reconocido hasta la cima de la colina de Harrow, desde donde contempló largo tiempo su capital, deliberando consigo mismo si no entraria en ella para ponerse á merced del parlamento ó para embarazarlo con su presencia. Despues, mudando de pensamiento, fué á arrojarle con fingida confianza en medio del ejército escocés, auxiliar de sus enemigos, pero que no habia abjurado aun totalmente, como los ingleses, su fidelidad á la corona.

Los generales del ejército escocés, pasmados de su aparicion, y no atreviéndose desde luego á hacer traicion á su confianza, le tributaron los honores debidos á su rey, y le dieron una guardia destinada á vigilarlo mas bien que á defenderlo. Aquellos honores disfrazaban mal su cautiverio. Abriéronse negociaciones entre él y el parlamento. Las condiciones del parlamento eran una verdadera abdicacion del poder real, y recuerdan la constitucion de 1791 impuesta á Luis XVI por la Asamblea legislativa y por los jacobinos. El rey las rechazó.

Durante estas negociaciones, el ejército escocés negoció cobardemente la libertad del príncipe que se habia entregado á su honor, y consintió en venderla al parlamento por ochenta millones, tráfico judaico que deshonró aquel día el nombre de la Escocia.

El parlamento de Escocia se negó en un principio á ratificar la venta, pero el partido popular y fanático del clero escocés la hizo al fin aprobar. Carlos I jugaba á los dados en su cuarto cuando le trajeron el despacho que le arrancaba la última ilusion con respecto á su suerte. Se habia hecho por el hábito de la desgracia tan resignado y tan dueño de sí mismo, que continuó la partida con una atencion sostenida sin mudar de color, no sospechando los espectadores que en aquella carta habia leído su sentencia.

Entregado aquella misma noche por los escoceses á los comisarios del parlamento, atravesó cautivo pero sin insultos y en medio de los testimonios de respeto y de las lágrimas de su pueblo, las provincias que le separaban de Holmby, ciudad escogida por el parlamento para su prision, donde sufrió un cautiverio á veces brutal. El parlamento y el ejército, ya divididos, parecian disputarse su posesion, Cromwell, que hallaba en el ejército un fanatismo igual al su-

yo, y que temía que el parlamento, dueño del rey, no hiciera con la monarquía un acomodamiento fatal á la república, única garantía, según él de la fe puritana, hizo robar al rey, sin saberlo Fairfax, por uno de sus oficiales, á la cabeza de cinco hombres escogidos. Carlos, que preveía una suerte peor para él de los soldados que del pueblo, resistió en vano al emisario y á las órdenes de Cromwell. Siguió al fin con pena á sus nuevos carceleros, que le condujeron al ejército inglés, cerca de Cambridge.

XXI.

El parlamento, afectado por el acto de omnipotencia del ejército, reclamó el rey. El ejército, ya acostumbrado á pretenderlo todo y á osar todo contra el poder civil, se declaró tumultuosamente contra el parlamento y contra Fairfax su propi general, proclamando á Cromwell, mas querido al fanatismo puritano y á los soldados. Marchó sobre Londres arrastrando en su rebelión á sus generales.

El parlamento, trémulo, lo detuvo á las puertas de Londres condescendiendo á todos sus caprichos. Desde aquel día, el parlamento, subyugado por el ejército, como el rey lo había sido por el parlamento, no fué otra cosa que el instrumento de Cromwell. Apartó de su seno aquellos miembros que mostraron mas resolución contra sus tropas. Cromwell y Fairfax trataron al rey con mas consideración que los comisarios del parlamento; le permitieron ver su familia y sus hijos mas jóvenes, detenidos hasta entonces en Londres. Cromwell, que tenia hijos y que asistió á la entrevista de los del rey, derramó conmovido lágrimas. El hombre en él prevaleció sobre el sectario; no creía que su causa tuviese necesidad del suplicio, y si solo del destronamiento del rey. Mostró á su cautiverio todos los respetos y toda la compasión compatibles con la seguridad de su fe; no hablaba sino con tierna admiración de las virtudes personales de Carlos, y de los sentimientos que la naturaleza hacia estallar en el padre y en el esposo.

Carlos, movido por estos respetos, y teniendo, por decirlo así, su corte en su prision, decía á Cromwell y á sus oficiales: «Por necesidad volveréis á mi seno; no podeis existir sin mí, y jamás podreis reorganizar la nación sin mi monarquía.» El rey esperaba entonces mas del ejército que del parlamento. Diéronle una mansión regia en el palacio de Hampton-Court, y fué allí, aunque prisionero, el centro y el árbitro de las negociaciones con los principales partidos que querian fortalecerse con su nombre, encadenándolo á su causa.

Estos tres partidos principales eran el ejército, el parlamento y los escoceses. Cromwell

é Ireton, su yerno, se creían los mas seguros de su influencia sobre el rey: una casualidad los desengañó. El rey, habiendo escrito una carta secreta á su esposa, encargó á uno de los criados de su confianza que ocultase esta carta en la silla de su caballo y la llevase á Douvres, donde barcas pescadoras servian su correspondencia con el continente. Cromwell é Ireton tenian sospecha de esta correspondencia. Quisieron asegurarse por sus propios ojos de los sentimientos íntimos del rey. Sabedores de la marcha del mensajero y del sitio donde había ocultado su carta, montaron á caballo y se dirigieron de noche á Windsor, haciendo precediesen algunas horas al emisario del rey.

«Nos apeamos, cuenta Cromwell, en la fonda y bebimos allí cerveza durante una parte de la noche, hasta que nuestro espía vino á advertirnos que el mensajero del rey iba á pasar. Levantámonos, avanzamos con los sabres desenvainados contra el hombre, y le dijimos tentamos orden de visitar todo lo que entraba y salía en la posada. Dejamos al hombre en la calle, llevándonos la silla del caballo á donde habíamos estado bebiendo, y habiéndola abierto, cogimos la carta, devolviéndola luego la silla al mensajero, sin que sospechase hubiese sido registrada. Continué su camino creyendo llevar su secreto. Despues de su partida leímos la carta del rey á su esposa. Le decía en ella que todas las facciones intentaban atraérselo, pero que él creía deber pactar con los escoceses mejor que con los otros. Volvimos al campamento, y viendo que nada tentamos que esperar del rey, nos resolvimos á perderlo.»

XXII.

Dobláronse sus guardias; pero el rey las burló: seguido únicamente de Beraley y de Ashburnham, sus dos confidentes, atravesó de noche el bosque de Windsor, y marchó á las orillas del mar, donde no se encontró el barco que debía esperarlo. Buscó un asilo seguro é independiente en la pequeña isla de Wight, cuya fortaleza, mandada por un oficial que creyó adicto, le prometia seguridad: esperaba tratar libremente desde allí con su pueblo. Se apercibió sobrado tarde que era prisionero en el castillo del que había creído ser su dueño. El gobernador obedecía en la apariencia á su rey y en secreto al parlamento.

Carlos pasó allí el invierno en negociaciones con los comisarios enviados por el parlamento. Durante estas inútiles negociaciones, Cromwell, Ireton y sus oficiales mas fanáticos, alarmados por estas transacciones, se reunian en Windsor en secreto consejo, y despues de haber en su fanatismo implorado con oraclo-

nes y lágrimas las luces del cielo, tomaban la resolución de proclamar la república, de juzgar al rey en un tribunal de estado, y de inmolarlo, decian ellos, á la salvacion del pueblo. «No hay paz posible, esclamaron, para la nación, ni seguridad para los santos mientras este príncipe, aun dentro de los muros de una prision, sea el instrumento de las negociaciones de los partidos, la esperanza secreta de los ambiciosos, la esperanza ó la piedad de los pueblos.»

Una religion implacable inspiró á los fanáticos, el temor inspiró á los cobardes, la ambicion inspiró á los audaces, y la pasión de cada cual pasó á los ojos de todos por la respuesta del cielo. El crimen fué resuelto por un voto unánime. A datar de aquel día este crimen consumado ya en el pensamiento de Cromwell, parece como que turba su alma, arranca la inocencia á su religion, la sinceridad á sus palabras, la piedad á sus actos, y mezcla fatalmente en toda su conducta, la astucia del ambicioso y la crueldad del regicida á la superstición del sectario.

No se lee ya en su alma con claridad: se hace oscuro y enigmático para los demas y para sí propio. Fluctua entre el fanatismo y el asesinato. Justo castigo de una resolución criminal que toma el interés de su causa por un derecho de vida y de muerte sobre su víctima, y que emplea el asesinato para nacer triunfar la virtud!

TERCERA PARTE.

I.

Cuando los conjurados militares de Windsor decretaban el arresto de Carlos, él mismo se lo había impuesto ya en la isla de Wight, rompiendo con el parlamento las negociaciones harto exigentes, y negándose á firmar el envilecimiento de su corona. Desde este día no le dispensaron en su cautiverio respetos ni honores. Encerrado como en un calabozo en la cámara de un castillo fuerte, privado de toda comunicación con sus amigos, no tuvo mas consuelo ni mas servidor durante el largo invierno, que un pobre anciano inválido que le encendía la lumbre y le llevaba el alimento. Durante esta absoluta y dura soledad, frente á frente á su destino y al ruido de las olas del océano, fortificaba con la religion una alma fuerte en sí misma, aunque tierna, y se hacia superior á la muerte que todos los partidos anhelaban para él. Su vida había llegado á ser la prenda que cada facción temia abandonar á la facción contraria. Ninguna odiaba al hombre, y

todas aspiraban á deshacerse del rey. Su muerte, como la de los proseritos Antonio, Octavio y Lépido en Roma fué el sacrificio mútuo que se hicieron las ambiciones ó las infamias opuestas.

Otra facción mas radical, la de los niveladores, los comunistas religiosos de la época, se había levantado ya en las tropas de Cromwell. Armada á su imitación con los textos de la Biblia y del Evangelio, interpretados por ellos en el sentido de la igualdad absoluta de condiciones, y en el de partición de los dones divinos sobre la tierra, esta facción que Cromwell había suscitado á su antojo, fué por él enérgicamente ensañada en la sangre de algunos de sus propios soldados. El espíritu de secta desapareció en su alma bajo el espíritu de dominación. Estraña del cielo teorías santas en sus aspiraciones, pero inaplicables á las sociedades humanas. Su buen talento le reveló esos dos instintos del Estado y de la familia, lo necesario del mundo y lo santo de la propiedad. Entró en Londres, y valiéndose del coronel Pride, hizo purgar al parlamento de los miembros que le resistian, y proclamar la república bajo el nombre de Convención del pueblo.

El ejército y el parlamento, á instigación de puritanos y republicanos, se decidieron á procesar al rey. Cromwell pareció todavía titubear ante tan enorme atentado. Ocupó su sitio en el parlamento, y en un discurso mas inspirado que político, fingió ceder á un ascendiente sobrenatural al consentir en el proceso del rey. «Si alguno, dijo con una emoción que se asemejaba á la demencia, si alguno me hubiera propuesto juzgar y castigar voluntariamente al monarca, yo lo hubiera mirado como al mayor de los traidores. Pero puesto que la Providencia y la necesidad nos imponen este triste deber, pediré al cielo derrame su bendición sobre vuestras deliberaciones, aunque no estoy dispuesto á daros mi parecer sobre tan capital medida. Deberé confesaros, añadió con acento de interior humildad, que yo mismo, aun hace poco tiempo, cuando elevaba mis súplicas por la conservación del soberano, sentí que la lengua se me adhería al paladar? Esta sobrenatural sensación la he tomado por una respuesta dada á mis plegarias por el cielo que rechazaba al rey.»

Aquellas palabras recordaban el *Alea facta est* de César al lanzar su caballo en el Rubicon. Mas el Rubicon de Cromwell era la sangre de un inocente y de un rey, vertida por el crimen y por la ingratitud de su pueblo. Arrastrado el parlamento por la animosidad y la vehemencia de la pasión común, votó el proceso. El coronel Harrison, hijo de un carnicero, hombre brutal por instinto y sanguinario por costumbre, fué á buscar al rey á la isla de Wight, como á una víctima para el ara. Carlos al pasar por Windsor, por entre la sombra del castillo real de sus padres, oyó una